

CAPITULO XXIII.

GENERAL EN JEFE

Tanto el general Pradillo, entonces era todavía coronel, como los demás jefes que se nos incorporaron, empezaron á prestar desde luego sus interesantes servicios en la nueva organizacion de nuestro Ejército: **Martinez** mandaba la division de vanguardia, **Donato Guerra** la del centro y **Treviño** la de reserva. Como este último debia encontrarnos en el camino ó reuniérsenos cuando estuviéramos asediando la plaza de **S. Luis**, no podiamos contar absolutamente con él para nuestras primeras operaciones militares. Podia ser muy bien, que tan luego como fuera sentido nuestro movimiento, se destacara sobre nosotros una fuerza del gobierno, y para ese caso, debiamos de estar dispuestos á cuidarnos nosotros mismos. Así pasó en efecto, pero el cuerpo de ejército que salió á batirnos

tuvo que replegarse á **S. Luis** en virtud de que tras de nosotros se habian venido ya violentamente **García de la Cadena** y **Donato Guerra**. Como no supimos esto sino poco tiempo despues, se convino en tomar posesiones en **Salinas** para esperar allí al enemigo. Ya teniamos noticia cierta de que **Treviño** se aproximaba con mas de tres mil hombres, de suerte que nuestro acuartelamiento en **Salinas** podia servirnos tanto para hacernos fuertes allí, como para esperar la incorporacion del general **Treviño**. Si por ejemplo éramos atacados, la llegada de este decidiria naturalmente el combate en nuestro favor. No habia peligro en que las fuerzas del Norte, que eran por entonces las más débiles, fueron atacadas, porque allí estábamos nosotros ya interpuestos, de manera que creiamos contar con la mejor posicion y con las mas superiores ventajas.

La hacienda de **Salinas** que conserva el recuerdo de haber sido una de las mas poderosas negociaciones que ha habido en la República, posee grandes terrenos y una muy buena finca provista de todo lo necesario. Antiguamente los propietarios en el día del patrono de la Negociacion ó en cualquiera otra fiesta, mandaban tirar en pesos fuertes por las ventanas hasta cuatro ó cinco mil pesos que eran recogidos por los trabajadores con muestras del mayor júbilo. Hoy ya no se hacen obsequios de tal magnitud á los sirvientes, pero como restos del antiguo esplendor se tienen constantemente listas, veinte camas para otros tantos pasajeros y veinte cubiertos en la mesa para

todas las personas que pasen por allí, pidan ó no pidan hospitalidad. Cuando nosotros estuvimos se nos puso una cantina en forma con toda clase de vinos, que no llegó á ser agotada por mas que en ella se sirviera á un gran número de jefes y oficiales.

Un bonito tanque con sus correspondientes botes para remar, un boliche, mesas de billar y no recuerdo que otras cosas sirvieron de atractivo á los Estados Mayores que por tres días se alojaron en aquella hospitalaria finca.

Tras de nosotros como llevo dicho, venia el general Donato Guerra con todas sus tropas acompañado de sus dos secretarios Curiel y Benitez. Treviño, segun las noticias que nos llegaban se nos incorporaría dos dias despues, y él si traia un gabinete completo, pues contaba con un secretario para el ramo de guerra, otro para el de hacienda etc. etc. pero ocupando los primeros lugares los Sres. Dr. Manuel Fernandez y Lic. Bibiano Villareal.

Luego que se supo que estaba ya muy inmediato, algunos jefes salieron en comision á recibirlo mientras que D. Justo Benitez celebraba una conferencia conmigo.

—Va á surgir una cuestion muy grave, me dijo, la de nombramiento de general en jefe.

—Ya habiamos pensado en ello, le contesté.

—¿Y que dice el general Martinez?

—Que aunque dispone de mas elementos militares, no desea que se le dé el mando superior, seguro como está de que no le obedecerá Treviño.

—¿Lo cree así?

—Cree á puño cerrado que las fuerzas del Norte se alejarán de aquí inmediatamente y que aun pudiera ser muy bien que tuviéramos un conflicto.

—Sobre esto hemos estado hablando Curiel y yo con el general Donato Guerra.

—¿Y han decidido algo?

—No: tambien Donato Guerra se rehusa á tomar el mando en jefe.

—Esta es cuestion que vd. debe resolver con los poderes que tiene del general Porfirio Diaz.

—No traigo ningunos, á lo menos escritos.

—Lo cual no significa nada.

—Yo estoy seguro de que Porfirio aprobará cuanto yo disponga, y aprobaría tambien mi resolucion sobre este particular; pero....

—¿Pero qué?

—Pero no quiero yo ser aquí la manzana de la discordia. Desde luego tengo nn escrúpulo.

—¿Cuál?

—Que Porfirio se encuentra en el extranjero y no puedo dar órdenes en su nombre á personas que exponen la vida en su servicio mientras él no corre ningun peligro.

—El no tiene la culpa de haber caminado con desgracia.

—Pero la tiene de no estar aquí á tiempo para mandar en jefe este brillante ejército. ¡Ah! si él estuviera al frente de los ocho mil hombres que van aquí á reunirse!

—Cree vd. que podría llegar?

—Tal vez de un momento á otro, puesto que esos eran sus proyectos al salir de la República.

—Entonces no debe preocuparnos mucho la cuestion de nombramiento de general en jefe. Interinamente puede mandar el general Guerra.

—Seria el que designara Porfirio.

—Y por qué no lo designa vd?

—Porque no acepta.

—¿Ni dándole la orden en nombre del general Diaz?

—Si viniera de él directamente la obedecería; pero si nosotros queremos imponerle la carga, la renuncia.

—Pues de alguna manera ha de zanjarse esa dificultad.

—Ya tenemos un medio.

—¿Se puede saber?

—Sí: el nombramiento de general en jefe de todo este Ejército lo hacen los secretarios de cada jefe de Division en sesion secreta.

—Nosotros?

—Si señor: entre vd. y Curiel y el secretario de Gerónimo Treviño.

—El medio no es bueno porque nosotros no tenemos suficiente libertad para escoger, ni suficiente poder para hacer que todos obedezcan.

—Una vez que los tres generales se sometan á la decision de vds. tendrán como hombres de honor que acatarla y sostenerla.

—¡Hum!

—Duda vd. de que eso dé buenos resultados?

—Francamente.

—Pues que deberia hacerse?

—Si no se puede nombrar en jefe á Martinez, que es bravo y muy capaz de arreglar una batalla como lo he visto en lo de Ovejo y en tantas otras partes, nombre vd. resueltamente á Donato Guerra de propia autoridad.

—Ni yo me atrevo á imponerme así, ni él tampoco aceptará un nombramiento semejante.

—En ese caso estamos perdidos.

—Vds. discutan este asunto con toda conciencia, que yo confio en los buenos resultados de una tranquila discusion.

Llegó Treviño, fué bien recibido por todos nosotros: él por su parte se manifestaba muy resentido y muy hosco tanto con Pedro Martinez como con los jefes de nuestra Division.

Al dia siguiente se nos manifestó que debiamos reunirnos á deliberar sobre el nombramiento de general en jefe, en la inteligencia de que tanto Treviño, como Guerra y Martinez estaban conformes en sujetarse plenamente á nuestra decision.

Antes de ir á la reunion pedí su parecer á Martinez.

—De ninguna manera me sostenga vd. á mi, me dijo, porque desde el momento en que yo resultara nombrado, por mas que se sometiera Guerra, no lo secundaria Treviño. Estoy seguro de que no quedará conforme ni seguirá combatiendo si no se le nombra general en jefe.

—¿Vd. lo desea así?

—Sí, por tal de que no tengamos mas serias dificultades.

—Pero recordará aquello de nuestra manifestacion...

—En efecto: podrá vengarse de nuestro procedimiento, pero eso es menos malo que el escándalo que dé separándose de aquí si no sale investido con el mando.

Antes de entrar al gabinete en que estaban ya los secretarios de Treviño, me dijo Curiel:

—Cuenta vd. conmigo: lo que vd. proponga eso será lo mismo que yo apoye. Debemos proceder de acuerdo.

—Está bien, contesté estrechándole la mano, yo opino por Donato Guerra.

No tuvimos tiempo de decir mas porque nos habló Benitez. Este nos dirigió una peroracion respecto de la responsabilidad que contraíamos con la patria si no hacíamos una eleccion acertada. Dijo que debíamos deponer ante los intereses comunes todo recelo ó idea de que surgieran de allí desavenencias, pues que los tres generales estaban completamente comprometidos á respetar nuestra decision. Allí, en aquel momento, debian olvidarse las pequeñeces que pudieran tener un poco divididos nuestros ánimos, para pensar únicamente en la salvacion de nuestra causa que estaba encomendada á nuestras manos.

Tanto las palabras de conciliacion de Benitez como algunas otras que pronunció Villareal, eran dirigidas

á mi, de donde se esperaba que partiria una terrible oposicion contra Treviño.

Todavía nos encontrábamos en los preliminares cuando entró el general Donato Guerra y nos dijo lleno de firmeza:

—Suplico á vds. que elijan entre Treviño y Martinez, eliminándome á mi de su designacion, pues desde ahora les prevengo que no aceptaré en caso de ser nombrado y que tendrá que hacerse despues lo que puede quedar terminado desde ahora. Renuncio terminantemente el nombramiento de general en jefe de este ejército, que no podría saber dirigir ni mandar, y suplico á vds. por lo mismo que no me tengan presente en su deliberacion.

Agregó algunas otras frases que nos cerraban las puertas enteramente y salió.

Entonces se dirigieron á mi todas las miradas y yo revistiéndome de una suprema resolucion, una vez que ya no quedaba otro camino, dije:

—Propongo como general en jefe de las tres divisiones unidas al general Gerónimo Treviño.

Villareal y Benitez me miraron espantados.

Manuel Fernández se levantó á darme la mano como para felicitarme por tan feliz inspiracion.

Y Curiel no pudo menos que sonreirse.

—Nosotros, dijo Benitez, el Sr. Villareal y yo, no tenemos voz ni voto en esta junta, desde el momento en que va á tratar de la cuestion que se le ha sometido.

—Es inútil que vds. se salgan de aquí, les contesté, ya el negocio está terminado.

No acertaban á comprender lo que aquello significaba, pero yo sí sabia que era conveniente que Treviño supiera que yo era quien lo habia propuesto para que se le desvanecieran las malas disposiciones que pudiera abrigar todavía contra nuestra Division.

Los únicos que debiamos votar éramos Fernández, Curiel y yo, puesto que ni Benitez ni Villareal eran considerados como secretarios en ejercicio para aquel acto, y los tres dimos nuestro voto en favor de Gerónimo Treviño.

De suerte que este obtuvo la votacion unánime para mandar en jefe todo aquel ejército, que muy bien podia montar una vez que se incorporaran las guerrillas que andaban merodeando, á unos ocho ó nueve mil hombres.

Villareal y Fernández salieron muy contentos para ir á notificar el resultado á Gerónimo Treviño.

Yo dije como hombre que ha estado deteniendo la expresion de un torrente de sentimientos y que necesita al fin darles rienda suelta para desahogarse:

—Hemos firmado aquí nuestra derrota.

—¡Cómo!

—Vd cree.....

—Yo creo que Treviño no podrá manejar esta masa de hombres y creo tambien que carece en lo absoluto de elevadas dotes militares.

—Entonces....

—Seremos derrotados en el primer encuentro; pero ese será un bien.

—Un bien, ¿y por qué?

—Porque un triunfo de Treviño significaria la perdicion de Porfirio Diaz. Treviño ocupando la capital en estas circunstancias en que nuestro caudillo está fuera del país, conservaría el poder para sí, por eso digo que es preferible la derrota.

Los clarines tocando orden de marcha truncaron aquella conversacion que los circunstantes estaban tomando con mucho interes.